

Soneto de

AMOR

Por tierras castellanas, en tren...

Tú ya sabes, Amor, que esta llanura
es como un corazón adormecido,
igual que un corazón que gime, herido,
ante el beso fugaz que no perdura.

Tú ya sabes, Amor, que cada hondura
acrecenta la fuerza del latido
y que cada dolor tiene un sonido
para crecerse frente a la amargura.

Y yo te quiero agreste como el monte,
furiosa como el viento o el torrente
para tenerte, Amor, a mi manera...

Porque ya ves: Buscar el horizonte
es como el beso que se da en la frente
sabiendo que es la boca la que espera.

MANUEL ARJONILLA TERRERO



ESPAÑA EUCARISTICA

El Rey Felipe II asiste a una procesión
del Corpus en el Monasterio de Yuste

POR MARCELINO GONZALEZ-HABA.



La vocación eucarística de los Reyes de la Casa de Austria, fué, como una copiosa herencia de bendiciones, adquirida de sus gloriosos progenitores, que floreció en nuestro pueblo en torno a la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Ya en la procesión del *Corpus* de Barcelona, el año 1424, el Rey Alfonso V fué portador de una vara del palio. Y en la de 1535, asistió el César español, llevando también otra vara del palio. Los Reyes Católicos, en 1498, tomaron parte en tan celebrada festividad en Zaragoza, y su glorioso nieto Carlos V, en la misma ciudad, acompañó al divino Jesús Sacramentado, en la procesión del año 1518, llevando las varas del palio, además, los embajadores de Inglaterra, de Francia, Portugal y Venecia, asistiendo también el Cardenal Adriano, que poco después habría de ser exaltado al Solio Pontificio.

Lo cierto es, que desde los claros albores de la festividad del *Corpus*, el pueblo español se consustanció con el pensamiento radiante de la Iglesia. Sentía la presencia real de su Dios, velado bajo la gasa blanca de una hostia de pan de flor de trigo de nuestras eras, y cuando lo veía en pase triunfal por calles y plazas, se volcaban los corazones en incendios inflamados de piedad y alborozo.

Tanto en las procesiones del *Corpus* como en los autos sacramentales, tomaban parte, del Rey al último vasallo: Era el día grande de todos los españoles. Pero singularmente, los *autos sacramentales*, adquieren forma definitiva, por la compenetración feliz, entre el dogma teológico y el arte dramático, quedando como un monumento perenne, único en su género, y como un florón egregio de la España de los Austria.

Así, el *Corpus Christi*, llegó a ser en los siglos dorados del Imperio español, la más ardiente y viva expresión del catolicismo nacional frente a la incredulidad y sacrilegios de la apostasia protestante: Una fiesta de plenitud litúrgica y española, la fiesta más popular cuando España era universo y andaba empeñada en empresas celestes y singladuras misioneras.

Pero aconteció, que el César Carlos V, fatigado del pago y la responsabilidad de tantas coronas, decidió elegir para última morada de